

líneas puede testimoniar que sus vivencias confirman plenamente sus afirmaciones; y las vivencias, entendidas en sentido amplio, son el único argumento al que concede valor. He ahí por qué era necesario en Galicia un hombre como Ramón Piñeiro, por qué son necesarios hoy hombres como él: porque dan testimonio del hombre, son testigos del hombre ante los ideólogos que, absortos por sus fórmulas, tienden a ignorarlo. Ramón Piñeiro pone de manifiesto que se trata, ante todo, de salvar al hombre, y en estos tiempos llenos de dudas y en cierto modo apocalípticos, toma partido, como Camus ante el «terror racional», por él, por su «carne asustada», por sus propiedades que parecen triviales a los que tienen el ideal de la ciencia, como «ciertos crepúsculos en los que el corazón se dilata», pero que, sin embargo, son los que producen más a menudo los suicidios o dan sentido a la vida del hombre.

De ahí que en la «Carta a Marcia Andersen» de *Olladas no futuro*, contemplando la grandeza del paisaje urbano de Estados Unidos, las poderosas fábricas orgullosas, Piñeiro observe: «Habría que ver si tal esfuerzo creador de riqueza, si esa epopeya de la voluntad económica, contribuye o no, o en qué medida, a la verdadera felicidad de los que la realizan.» Y es que todo depende del problema de los fines, como ha observado Louis Pauwels. Y diciendo fines, se dice trascendencias. Se trata de discernir qué es lo trascendente, qué es lo que tiene realmente valor. Hoy en día se tiene una adoración fetichista por la industria, por el urbanismo, por la racionalización del mundo, y se le llama a eso «progreso». Pero tal vez eso no sea más que un empobrecimiento. Se trata, repito, de definir una meta, de establecer lo trascendente, y en función de eso valorar todo lo demás, que eso sirva de criterio. A hora bien, para Ramón Piñeiro, como para el que esto escribe, la meta es el hombre, pues tal como lo hemos citado antes, el progreso sólo puede ser el enriquecimiento del hombre.

“ES MENTIRA”, PIEZA DE TEATRO ABIERTO

JUAN EMILIO ARAGONES

OBRA ésta de Campos García que posibilita deliberadamente casi todas las interpretaciones imaginables entre el ser y el parecer, la realidad y el engaño, excepción hecha de su decidida toma de partido a favor de la víctima que padece, en un plano equivalente al de las bienaventuranzas; primero, porque la protagonista es objeto de calumniosas injurias y persistentes acosamientos, y en segundo término, porque es perseguida y sufre prisión por causas judiciales.

La situación de Matilde, encarcelada durante años y años en el angosto recinto de una catacumba-habitáculo con la sola vecindad de tres desmesurados roedores, propicia la deliberada confusión de sus soliloquios, con frecuencia delirantes, siempre insumisos y en la linde misma de la demencia. El paralelismo entre esta farsa laica y el Sermón de la Montaña cristiano se acentúa mediante apariciones de Santa Teresa, al tiempo que establece distancias en el hecho de que su indudable intencionalidad primera estriba en la denuncia de métodos represores que

la acerca a tiempos actuales, tanto más cuanto que prisionera y opresora son hermanas.

La portentosa capacidad inventiva del autor facilita la adscripción de su moderna farsa—o tragicomedia, es igual que da lo mismo—al género de teatro abierto, pues si Matilde es primero víctima y luego asesina de su hermana Manuela, ésta es sucesivamente opresora híbrida de mujer y rata, cadáver asesinado por Matilde, su guardiana en la catacumba-celda a la que es conducida Matilde..., o mero símbolo de la opresión en la mente enfermiza de su víctima-verdugo.

A partir de ese momento, Campos García considera llegada la hora de mostrar su baza mayor, y después del último y momentáneo equívoco de que los restantes personajes—juez, cura y pelotón de fusilamiento—aparezcan en su mitad inferior como roedores, hace que la ejecutada Matilde se muestre a nuestros ojos en posición de mártir crucificada, con Santa Teresa a sus pies, adorándola.

He seguido con creciente interés la ejecutoria dramática de Jesús



Maite Brik, cercada por grandes ratas, en Es mentira, de Jesús Campos

Campos García desde sus comienzos; en consecuencia, juzgo lógica su multiplicidad de tareas en la circunstancia presente, en la que es, además de autor, director escénico y escenógrafo. El efecto de tal acumulación de responsabilidades se advierte en la cabal coherencia del hecho escénico resultante..., dentro, por descontado, de las no menos congruentes incoherencias coloquiales y de situación impulsadas por lo que la pieza tiene de plasmación escénica de una mente —la de su protagonista—, perturbada por graves delirios.

Con toda certidumbre, cabe además atribuir a Campos García el arriscamiento necesario para antojarsele escenificar su obra en el Lavapiés, teatro hasta ahora de programación incierta, cuando no

desacertada. Semejante estreno en tal escenario ha supuesto un radical giro hacia mejor criterio selectivo... Ojalá que encuentre la acogida de espectadores en tan populoso barrio madrileño, a la que es acreedora, por sus valores escénicos, dicha pieza.

Los intérpretes cooperan con el mejor espíritu solidario y su buen oficio a la normal singladura de la invención dramática. Desde Maite Brik, que en la corporeización de la protagonista se lleva la parte del león en cuanto a posibilidades de lucimiento, pero que tam-

bién tiene que pechar con las cambiantes psíquicas de un personaje que desvaría, en las que cualquier exageración expresiva ha de ser disculpable, y la actriz no se las permite, hasta la actuación breve y convincente de Onofre Fraile y Félix García. Entre uno y otro extremo, la allegadora mímica de las tres bien cebadas ratas, a las que corporeizan Lola Pons, Gloria Vergara y Nuria Clemente. Y, en el justo medio, Victoria Rodríguez, que una vez más acredita ser actriz de perfecta, nítida y flexible vocalización, y Elisa Montés, que en sus intervenciones como Santa Teresa logra introducir un compensador ápice de místico enamoramiento y de piedad a la situación límite que plantea la obra en su comienzo, dejándola abierta a muy varias y aun discrepantes posibilidades.